



PREGON DEL CORPUS CHRISTI DE VILLAMAYOR DE 1976

Pedro Cepeda de Vera

Mis queridos amigos de Villamayor:

Hace muchos años, cuando mi madre era una niña, un cuadro artístico de los que tradicionalmente han actuado en el pueblo, representaba, en el escenario del antiguo casino, una parodia de testamento. El causante, en su lecho de muerte, iba endosándole a un notario enlutado y atento, con una voz de barítono que traicionaba su aparente condición “in extremis”, toda una retahíla de mandas y legados –con son del género chico- a favor de los vecinos más conspicuos y ante el regocijo o el enojo según el caso, de los espectadores. Al final de cada clausula testamentaria, a modo de estribillo y para reforzar la autonomía de la voluntad del testador en cada uno de los legados, un coro de voces graves cantaba al unísono: “Apúntelo usted, señor escribano, con pluma y papel y tintero en la mano”... Una de aquellas letrillas, tengo entendido que decía: “Al Doctor don José Vera... le dejo mi calavera”... ”Apúntelo usted, señor escribano, con pluma y papel y tintero en la mano”.

Lo que ocurre es que entre las pocas cosas que dejó al morir mi pobre y sabio abuelo, no pudo encontrarse aquella calavera legada en tan regocijada circunstancia. Sin embargo puedo y quiero aseguraros que heredé de él y de mi madre, acrecentando más tarde por los años que pasé aquí de niño –cortos en el tiempo, pero intensísimos en vivencias- aquel cariño al que vosotros supisteis corresponder con un agradecimiento que os honra dando su nombre en su recuerdo, al parque que rodea la iglesia parroquial. Y es precisamente este afecto que os tengo y los felices recuerdos que me traen Villamayor y todos sus rincones, el que me ha hecho aceptar la gentil invitación de COFIVI, por medio del buen amigo Paco Mayor, para ser el pregonero de las Fiestas de este año.

Quiero aprovechar este momento para daros públicamente las gracias por el honor que me ofrecéis y por la agradable oportunidad de poder hablar de Villamayor en Villamayor.

Lo único que lamento en este momento es no tener madera de poeta para decir bella y emocionadamente todo lo que se agolpa en mi mente –multitud de recuerdos desdibujados por el tiempo pero con un frescor de perfume antiguo como el de la hierba en la tenada o en mi corazón –miles de sentimientos, de afectos, de admiraciones o gratitudes-... Para cantar a este sereno rincón del Principado, valle apacible cuajado de mil aguas y mil nubes, a la sombra de esa grandiosa estampa de pirámides que nos ofrece el gran Sueve –monte sagrado de los antiguos astures- hay que ser muy poeta y yo, humilde resignadamente no acepto el reto. Lin de Pepa hace muchos años, Carlos

Sánchez como quien dice ayer... afilaron unas plumas y tañieron unas liras que mis manos torpes no saben pulsar.

Creo que fue el inolvidable escritor y periodista gijonés “Adeflor” el que describió este valle del Piloña tan escueta y felizmente como “camino llano y venturoso de Covadonga”. Camino y posada que ha sido jalonado reciente por nuestros Reyes en su itinerario desde Covadonga a la ciudad de Oviedo. Y que el caudillo Pelayo recorrió inversamente retirándose desde Gijón (la antigua Gigia) vadeando el río en la falda del Suevo en un lugar llamado Brecín (antiguo Bretem en la toponimia romana) muy probablemente el actual lugar de Brez.

Pero es que además es muy difícil cualquier intento de ejercer la función de pregonero, y sobre todo la de pregonero de unas fiestas, como aquellos otros pregoneros precursores de la Radio y de la Televisión, han dejado de hacerse oír por las plazas de España. Soy consciente de que mi papel es el de abrir las puertas de la alegría, dar rienda suelta al jolgorio, dar la señal, el grito, “ijujú” que sustituya aquellos alegres pasacalles de alborada o a aquellos ensordecedores voladores que nos hacían pegar un brinco en la cama y hacían ladrar a todos los perros. Algo alegre, en fin, que levante los corazones como un sursum corda” madrugador. Sin embargo, tengo cierto temor de que mis añoranzas me traicionen y me hagan profundizar más de la cuenta en los recuerdos, apartándome quizás del “ijujú” para adentrarme por caminos más graves. Por ello os ofrezco mis disculpas por adelantado.

Al ponerme a pensar en estas fiestas, lo primero que saltó a mi mente fue el hecho de la titularidad de la solemnidad religiosa que se conmemora. Fiesta viene del latín “festum” y esta palabra a su vez de “fastum”, fasto, acontecimiento, conmemoración. Vamos a alegrarnos, vamos a celebrar unas fiestas, van a venir a nuestras casas nuestros hijos o familiares más queridos que viven fuera, van a comer en casa nuestros amigos, vamos a estar de estreno o de limpieza general, los pequeños van a “manejar” más de lo ordinario y algún mozalbete empinará el codo más de la cuenta. Pero todo esto ¿por qué?... Sé también como vosotros que las fiestas tradicionalmente religiosas se están paganizando día a día y están perdiendo progresivamente su primitivo carácter, pero lo que no puede ponerse en duda es que aquí en Villamayor, se vienen celebrando fiestas en honor del “Corpus Christi” desde tiempo inmemorial. Y lo que no puede tener duda es que siglos y siglos celebrando el “Corpus” como vosotros lo celebráis, por superficiales que puedan parecer los ritos o por profanas que parezcan ser las fiestas, tiene que ser algo que imprime carácter, a un pueblo, a una parroquia, a una vecindad.

La fiesta del “Corpus Christi” la instituye el Papa Urbano IV en 1264 y la extiende a toda la Iglesia el Concilio de Viena allá por el año 1311. La primera procesión del “Corpus” que se celebró en nuestra Patria tiene lugar en Barcelona en 1322. Probablemente en aquellas fechas ya existiría Villamayor como núcleo urbano alrededor del Monasterio, cuyo ábside románico aún podemos admirar a pocos metros de este lugar.

Son insignes los pueblos que se distinguen por su devoción al Santísimo Sacramento, y en España, a lo largo de nuestra historia, ciudades como Barcelona, cuya custodia que se conserva en la Catedral, es el trono del Rey Don Martín, la imperial Toledo –escenario de una de las celebraciones del “Corpus” más solemnes del mundo- con la gran maravilla de la custodia del maestro orfebre Arfe (ambas ciudades fueron sede de Congresos Eucarísticos Internacionales); Lugo, Valencia, Daroca... y otras ciudades y misiones que en países de América bautizaron nuestros compatriotas con nombres como “Sacramento” o “Corpus Christi”. La Villamayor sacramento que hasta finales del siglo pasado tenía privilegio canónico especial para celebrar otra procesión con

el Santísimo el Domingo de Pascua, y cuyas fiestas habéis tenido el acierto de restaurar, se entronca así con las más antiguas tradiciones de nuestra patria.

Celebrando el “Corpus Cristi”, no solamente no menospreciáis a nuestro patrono el Apóstol San Pedro, sino obráis con una lógica que ya en la Edad Media señalaban las gentes de Oviedo a propósito de los peregrinos que iban al Sepulcro de Santiago sin pasar por el templo o Catedral del Salvador, al decir: “Que no es de buen vasallo visitar al siervo sin saludar al Señor”. Y el Señor de Oviedo es una imagen románica de piedra policromada de muy tosca factura, que muchos de vosotros habéis visto en el lado derecho, cerca del presbiterio de la Catedral. Pero el Señor al que vamos a honrar el domingo, no es una imagen, ni un símbolo, ni un recuerdo; para los que tenemos la gracia de la fe católica, es el Señor en persona, el mismo que nació en Belén, el que acariciaba a los niños y curaba a los enfermos, el de las buenaventuranzas, el que murió en el Calvario, resucitó y subió al cielo.

A este propósito, voy a permitirme leeros unas palabras, deliciosas como todas las suyas, que escribe Santa Teresa de Ávila en su “Camino de Perfección”:

“Porque, si no nos queremos hacer bobos y cegar el entendimiento no hay que dudar que no es representación de la imaginación, como cuando consideramos al Señor en la cruz, o en otros pasos de la Pasión, que lo representamos en nosotros mismos como pasó. Esto pasa ahora, y en entera verdad, y no hay para qué irle a buscar en otra parte más lejos; sino que, pues sabemos que está con nosotros el buen Jesús, que nos lleguemos a Él. Pues, si cuando andaba por el mundo, de sólo tocar sus ropas sanaban los enfermos ¿qué hay dudar que hará milagros si tenemos fe y nos dará lo que pidiéramos, pues está en vuestra casa? Y no suele su Majestad pagar mal la posada si se le hacen buen hospedaje”.

Y vuestro hospedaje en verdad que es bueno. Dejando a un lado el grato aspecto que ofrece vuestra Iglesia, siempre tan arreglada, dispuesta y acogedora como una de vuestras casas de familia, el magnífico retablo mayor y la reluciente joya del Sagrario, destaca vuestro tradicional esfuerzo para ayudar al Párroco en adornar la iglesia, para tener a punto vuestro magnífico coro parroquial, al estar en todos los detalles como el hijo diligente que se preocupa de los preparativos y lo tiene todo a punto para festejar a su padre el día de su santo.

Pero sobre todos, y lo sé porque lo he vivido y me he cansado de escucharlo, vuestro mejor hospedaje el Señor es algo que vale más que el incienso o las espadañas, algo que le agrada más que los cantos y las campanas. Vuestro mejor hospedaje al Señor es vuestra unión, ejemplar unión y hermandad que está haciendo y hará de vosotros un pueblo grande en lo material y en lo moral. Al fin y al cabo la Eucaristía fue denominada por el pueblo muy sabiamente con la palabra comunión, que no es ni más ni menor que la “común-unión”, la “unión-común” de los hermanos, de los vecinos, de los feligreses. Unión y hermandad que, aún con zozobras y dificultades sin cuento, hizo que los efectos desgraciados en personas, familias y pueblos que ocasionaron circunstancias cruciales en nuestra reciente historia, fueran aquí bastante menos acusados que en otras muchos pueblos de España. Estoy seguro de que estaréis de acuerdo conmigo en que la reconciliación y la concordia de las que tanto se habla y a las que tanto se aspira, sin las que no puede haber pueblos grandes y en progreso, aquí, en Villamayor, empezaron hace

muchos años. Y esto que ahora es fruto de un razonamiento reflexivo, lo intuí yo de niño de forma inconsciente al recoger del ambiente actitudes, palabras y comportamiento que actualmente vienen a encajar con este esquema lógico elaborado con posterioridad.

En una ocasión escribí que, topográficamente, la parroquia de Villamayor tiene la figura de un semicírculo. Pensemos por un momento en una línea más o menor recta que vaya desde Antrialgo a Lule –aproximadamente siguiendo la dirección del Ríu Grande-, si trazamos con la imaginación un arco o abrimos un abanico con el centro en La Vega. Aparecen como puntas de una corona..., además de los lugares citados, Moñes, Pesquerín, La Cueva y Melarde que formarían el círculo, dentro del cual estaría Villamayor en el centro y otros pueblos como el Calera y Torín más al Sur. Esta forma semicircular es la misma que la de la planta o plano del ábside en el que, con centro en el altar mayor, los pilares, baquetones y muros parecen que irradian del centro y giran alrededor de un punto.

Curiosamente, si cerramos los ojos y nos imaginamos el casco urbano del pueblo, vuelve a repetirse, a menor escala, el mismo dibujo; imaginemos una línea que vaya desde la Casa el Pueblu, o si queréis desde la Estación, hasta Vega... si tomamos como centro la iglesia, es decir, La Vega, y trazamos un arco... vuelve a formarse otro gran ábside con pilares en el Chorro, Caría, La Requexada, y el Caneyu. Es decir, que La Vega prácticamente con el Valledal, es el centro de un semicírculo en el que se inscriben los pueblos de la parroquia y los barrios del pueblo. Yo diría que la Iglesia es el centro de gravedad que compensa la dispersión natural de los barrios y le da coherencia y unidad a esta gran familia que es la Parroquia de Villamayor.

Lo mismo que las fiestas del “Corpus” aglutinan en el tiempo, una vez al año, a todos los villamayorinos de aquí y de allá, hombre y mujeres, niños y mayores, la Iglesia, desde La Vega, reúne en el espacio a los pueblos y barrios que forman la entidad. Por eso si se me pidiese que pusiera un título, un lema, a estas reflexiones, las titularía “VILLAMAYOR, DISPERSION Y SINTESIS”.

Quizá pueda explicarlo la psicología infantil, pero el hecho es que mi mundo del Villamayor de mi niñez era un mundo de mundos, dispersos, flotantes y yo diría que desconectados, aunque ahora, con la lejanía parecen fundirse y adquirir algo en común, algo que no sé explicar, algo que creo es la luz, el color o quizá el perfume, la atmósfera común en la que los recuerdo. Unos mundos que me parecían inmensos, gobernados por personajes fabulosos.

Recuerdo, por ejemplo, el mundo de la Estación, donde, por mi gran amistad con Tino Barragana, nos pasábamos muchas horas jugando alrededor de la casa de su abuelo, La Llera, los vagones de mercancías en las vías muertas, y alguna huerta cercana de frutales, eran nuestros lugares predilectos. Al mismo distrito pertenecían la Iría, la Canela, con alguna escapada a Les Huelgues. El Jefe Manolón y Jacobo, Doña María, Don Celestino Muñiz y Doña Emilia, eran para mí personajes legendarios, señores supremos de cada uno de sus ámbitos que, como las estrellas, giraban continuamente sin interponerse los unos a los otros en su diario movimiento. La Canela, con los para mí inolvidables Vicente y Marcelina, representaban el polo afectivo del distrito, el rincón más apacible quizá por la serenidad que irradiaban e infundían sus titulares.

El mundo del Valledal giraba en torno al taller de Fermo, el hórreo de Tito y todas aquellas quintanas y callejuelas olorosas a hierba seca y al vaho caluroso de los pesebres. Con alguna escapada al Bezal o al Pasau el Ríu, se extendía nuestro radio de acción a una especie de ultramar aventurero y emocionante.

¿Y el Caneyu? Podría hablaros del Caneyu durante una semana, pero no quisiera cansaros con mis recuerdos. El eje “pedalier” era la figar de Celestina, árbol sagrado y fabuloso que con su inmensa copa y su doble tronco cubría todo el universo y en cuya sombra anidaban y piaban todos los pájaros del mundo. A su alrededor corríamos en círculos interminables bajo la benévola sonrisa de Avela, anciana venerable que tenía mirada de nube. De aquella quintana mantengo en mi retina al Navarro, recio y tonante como un toro de lidia, a un fotógrafo francés, ambulante y misterioso con su hija Gosita y un perro Lulú de lanas blancas. Irene, siempre en las nubes cortando los rayos y los truenos con unas tijeras increíbles. Recuerdo a Ildemaro y a Virginia que en momento inolvidables nos dieron y compartieron con nosotros todo lo que tenían, su casa y su pan; el tío Blas, barba de azafrán y bondadosa voz (parecía un San José), venía todos los días desde el Barriu Nuevo y todos los días era un gozo y un estreno el verlo.

La Vega era el ámbito más formal de nuestra vida, donde se desarrollaban nuestras obligaciones profesionales más serias: la escuela de D. Benedicto y las actividades de monaguillos con el inolvidable Don Ángel y el inefable Don Salvador. Aquí recuerdo a Pepe Estrada y a Don Fernando, a quienes mi ingenuidad infantil creía propietarios de sendas parcelas del paseo. Pilar y Anunciación en aquella tiendina que olía a papel manila y a alcanfor, Doña Encarna y Doña Celia –cuatro caramelos a la perrona) la casa del Zamorano, casa Fermín y Consuelo, Doña Julia, Doña Rita y Don Mamerto con aquel lagar lleno de extrañas artes de pesca y viejos sifones. Víctor Collado, Don Emilio Lozana, Doña Mercedes –cómo nos gustaba pasearnos en la lancha del estanque-, la presa de Elena Maruja, la botica y tantas otras cosas y personas que siento no poder nombrar pero que están desfilando por mi imaginación con un realismo que me permite recordar su color, su figura, su rostro, su voz... Aquellas solemnísimas ceremonias en la Iglesias, bajo la mirada indulgente de D. Ángel, la socarronería de D. Salvador y la férrea disciplina que ejercía Doña Petra sobre los monaguillos. Cómo me llamaban la atención aquellas palabras de D. Salvador en la misa de los domingos: “Por los fundadores de la Misa mañana, Kirie eleyson, Christe eleyson, Kirie eleyson, Pater Noster...” Para mí fue un misterio no desvelado hasta pasados muchos años.

Había otros mundos, más sectoriales que topográficos, entre los que destacaba el mundo del agua. Aquellas tardes de lluvia, infinitas, debajo de los hórreos oyendo tintinear los goterones como en un sorprendente concierto, o las diarias incursiones al ríu donde, ya en el Estancón, el Perón o el Pozón –extraña y grandiosa toponimia- demostrábamos tanto amor al agua salvaje y fluvial, como odio al agua domesticada por el jabón y la disciplina materna. El mundo del agua tenía dos polos de especial atracción, donde el blanco y caldeado olor a molienda nos arrobaba frente a la visión fantasmagórica –boina y ropas nevadas, caminar solemne y decir parco- del molineru: el molín de Fabián y el molín de Doña Mercedes, en los que oficiaban diariamente su blanco rito Perfecto y Segundo el Toquerelu.

El mundo del fuego, que desde niño despertó en mí una especial predilección por el olor a fumerín y que se desparramaba por las hogueras de las huertas que perfuman

las tardes cansadas e interminables del otoño, cobraba un carácter especialmente mágico en las fraguas, en las que la plástica, el movimiento, la luz y el canto del yunque, eran espectáculo bastante más artístico que los actuales programas infantiles de Televisión. El hojalateru de las barbas, el ferrador, pero sobre todo Bugatti, eran verdaderos domadores del fuego, de las chispas y del hierro candente.

En el mundo de la música tenía una expresión folklórica en la pianola de Antón el Serrán o en el tambor de su hermano Fernando, y otra más artística en una serie de violines desperdigados, por el pueblo desde Efrén en el Barriu Nuevu a Zarracina en Vega, pasando por José M^a el Toledanu en el Valledal, Mamertin en La Vega y Justo en el Caneyu.

Existían otros muchos mundos, ámbitos, reinos y regiones, como el del viento (concentrado en la veleta de la Iglesia y en su gallo), el del legendario Monte (El Corralín, el Busmarderu, El Cantu San Pedro)... pero no voy a extenderme en ellos para no cansaros.

Todo esto, que quizá lo explique la psicología infantil, también podría deberse a que de verdad Villamayor es un mundo de mundos, una dispersión sintetizada. Vosotros podréis ayudarme a despejar el enigma.

Lo que ocurre es que esto, que es como un sueño, como una sobra del pasado, sin secarse sus raíces por donde absorbe su sabia vuestra vida en común, vuestro quehacer cotidiano, vuestros anhelos y vuestras ilusiones se ha transformado en un mundo presente, lleno de contenido y, lo que es más importante, con un futuro prometedor.

Lo confirman la misma fisonomía del pueblo, con las nuevas construcciones, la industria que se ha desarrollado, el comercio, los negocios de hostelería, la mejora de la ganadería y en los cultivos, el aumento demográfico, frente a una Asturias rural que se despuebla poco a poco, la apertura de medios de comunicación con los pueblos de la parroquia y lo que es más importante, la existencia de un grupo entusiastas que están poniendo su esfuerzo a contribución de crear y mejorar. Como lo prueba la adquisición de terrenos para el campo de fútbol, la creación del Orfeón, la promoción de las fiestas de los barrios y de las fiestas parroquiales, el mismo hecho de que podamos estar aquí y ahora reunidos... Creo que es inútil que, desde este estrado, destaque su labor, porque la conocéis de sobra, o intente un llamamiento de colaboración, porque me consta que cuentan con vuestro apoyo.

Para terminar no puedo por menor de recordar algo que tuve la oportunidad de decir aquí en Villamayor con ocasión del homenaje a mi abuelo D. José Vera al colocar su placa en el parque. Y es que nuestra fe nos dice que la nueva Jerusalén a la que se refiere San Juan en el Capítulo 21 del Apocalipsis, no es algo imaginario, es la ciudad celestial, la iglesia triunfante. En ella, estad seguros, hoy están de fiestas todos nuestros convecinos que abandonaron esta morada terrenal, celebrando su fiesta mayor. La Villamayor celestial está engalada, como dice San Juan en el citado texto: "Y vi la ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo".

A los que nos han abandonado hace tiempo, a los que nos acompañaban quizá el año pasado y hoy ya no están con nosotros, yo os animo a dedicar un recuerdo... un

recuerdo esperanzador y alegre, a tono con la alegría que debe acompañarnos estos días.

Os deseo a todos unas felices fiestas, unidos en fraternal abrazo.

Las Arenas de Guecho-Villamayor, 26 de Junio de 1976